

Mosaico mexicano

Por Patricio Rojas

Tras su entrada triunfal a la Ciudad de México, el ya mítico general Pancho Villa decidió celebrar la victoria yéndose a comer al restaurante Sanborn. De aquel día perduran dos cosas. Una es la foto del general, en la que se le ve reinar sobre el rancio comedor colonial con su desbordante presencia bigotuda y mestiza. La otra es el Sanborn que, ochenta años más tarde, sigue siendo el restaurante de rigor para todo recién llegado.

El Sanborn ocupa el antiguo patio interior de una gran mansión colonial y, como buen patio de esa época, lo rodean dos pisos. El primero es parte del restaurante. En el segundo hay tiendas con letreros en inglés y castellano, que uno alcanza a divisar entre los arcos de los soportales. Se sube por una grandiosa escalera de mármol, con friso de azulejos españoles y pasamanos de fierro forjado. El descanso lo domina un enorme mural, de colores muy fuertes y temática precolombina, iluminado por una gran lámpara de lágrimas francesa.

Es más común encontrar las raíces históricas de un país en museos que en restaurantes. Pero México no es un país común. El período colonial español, la breve pero intensa monarquía afrancesada, y la inevitable influencia estadounidense, todo esto superpuesto sobre un fortísimo fondo indígena, hacen de México uno de los países más fascinantes que he conocido. Y donde mejor se puede saborear esa mezcla de contrastes que de algún modo logran sobrevivir en precaria armonía es en el Sanborn, acompañado de tacos de pollo y remembranzas de Villa.

Aunque en verdad los contrastes están por doquier. En la Plaza de la Constitución se encuentra el Palacio Nacional, que durante la colonia sirvió de residencia de los virreyes, lo que se nota. Por dentro no es sólo colonial, es abiertamente peninsular; el patio interior, los soportales, el suelo pavimentado de adoquines, la inevitable estatua central. Uno cree estar en el alcázar de Toledo. Pero no.

Las paredes que rodean el patio están cubiertas de murales de Diego Rivera. Son murales realistas; narran la historia de México desde la etapa precolombina hasta la revolución. Y las simpatías de don Diego son evidentes. La sociedad azteca aparece idílica, con sólo las más tenues referencias a los sacrificios humanos o a las conquistas de pueblos vecinos.

Por el contrario, la visión de la conquista y la colonización españolas es atroz. La figura demoníaca de Cortés y sus secuaces, la esclavitud de los indios, la Inquisición y hasta las



• El desenfrenado barroquismo del altar de la Catedral de México. Una nota de aparente absoluto hispanismo. Pero los sobrerrelieves y adornos acogen naturaleza y espíritu indígena.



• Mural de Diego Rivera en el Palacio Nacional, que describe de manera idílica la cultura y sociedad náhuatl precolombina.

misiones católicas quedan retratadas en colores tan brillantes como acusadores. Más adelante, es la influencia de los EE.UU. la que queda muy mal parada. Capitalistas rubios y gordos bebiendo whisky y fumando puros mientras la gran masa de mexicanos trabaja de forma infrahumana en sus fábricas. Pero lo irónico es que todo esto se encuentra en una versión meridional del alcázar de Toledo, donde en su despacho el presidente mexicano se empeña en formular medidas económicas capaces de atraer más inversión estadounidense.

La ciudad entera está llena de detalles geniales. El nombre oficial del sitio donde queda el Palacio Nacional es la Plaza de la Constitución. Pero en realidad se le conoce como El Zócalo, en honor a un monumento a la revolución mexicana que, al igual que aquella, sigue inconcluso. En esta plaza también están las ruinas del templo mayor de Tenochtitlán y la famosa catedral de México, tristemente barroca y construida a su vez sobre otro templo azteca. Dentro de la catedral, por el lado menos hundido hay una estatua de un Cristo negro, el Cristo del Veneno. Cuenta la leyenda que hace muchos años había un hombre muy creyente que iba todos los días a la catedral a besar los pies de la estatua de Cristo. Sus enemigos, conocedores de esta costumbre, decidieron untar los pies de la estatua con veneno, para así matar al pio besador sin crear sospechas. Pero entonces ocurrió el milagro, el Cristo absorbió el veneno, y al hombre no le ocurrió nada. No me cabe duda que esta leyenda refleja tan fielmente la profunda fe de muchos mexicanos; fue la que le dio a un cineasta de vanguardia una de sus muchas ideas enconadamente sacrílegas; la del hombre que contrae una enfermedad incurable tras besar los pies de una estatua de la Virgen María.

Cerca del Zócalo está la "zona rosa". Es un distrito bohemio y cosmopolita, una especie de barrio Bellavista mexicano. Hay muchos restaurantes con terrazas al aire libre, entre ellos El Perro Andaluz, llamado así en honor a la película de Buñuel. Allí uno pide camarones al ajillo y se sienta a esperar que llegue una tuna (grupo folklórico integrado por estudiantes) y cante las inevitables "Mañanitas", canción que se escucha por lo menos dos veces al día; es lo que se canta para los cumpleaños y, quizás por la altísima tasa de natalidad mexicana, siempre resulta ser el cumpleaños de alguien. Saliendo del Perro Andaluz hay una tienda de miniaturas de cartón piedra; la más notable que vi fue un pequeño proscenio olímpico con los consabidos tres deportistas; la medalla de oro se la llevaba México, la de plata Brasil y la de bronce Argentina. Se llamaba "El Campeonato de la Deuda Eterna".